

Joaquín Cifuentes Sepúlveda

Goce magno



ORONA... He aquí que, al fin,
la suerte me obsequia una corona
viva que eres tú.

Tú, oh! esperada, margarita inocente.

Ojos de la extraña agua verde
que beben los que buscan la muerte.
Manos de la misma tierra entusiasta
con que los hombres hacen cántaros para la leche.

Tú eres ahora mi corona.

Para mí te hicieron los que te llenaron la boca de besos
y tejían rizados cuando estabas pequeña.

Para mí, que venía hacia tí desde hacía diez años
con estas preguntas en la frente anhelante:

¿Conoce Ud. a la que cuando llora
se hace la noche en la ciudad de los extranjeros?

¿A esa que sonríe para que los trigales
maduren dos veces antes del invierno?

¿La que cuando suspira
defiende el agua de los manantiales?

¿La que canta en las sombras
para que dancen locas las perdidas estrellas?
Anda siempre leyendo debajo de los sauces...
¿No la ha visto sentada con un haz de crepúsculos
en la mano derecha? Ah! si está en todas partes.
Están ciegos Uds. -¡Debe estar esperándome!
Nadie me había dicho que tú tenías la cabellera
del color del otoño pasado.
Nadie me había dicho que tus manos dentro del guante
se parecían a las abejas en el estuche de los copihues.
Nadie me había dicho que, al hablar, tu boca
se llenaba de la música de los naranjos floridos.
Nadie, oh! magnífica, me había hablado
de estas cosas de tu vida.
Pero yo lo sabía todo. Oh! sí, yo lo sabía todo.
Cuando naciste, el sol entraba en Piscis
y dicen los signos del zodiaco:
mujer nacida en este tiempo
a los treinta años hallará al esposo.

Tú eres ahora mi corona.
Corona de alegría
y esperanza de arribo en el mar insondable.
De beso en las callejas en que se citan los amantes.
De recuerdo en las noches, cuando afuera,
agua y nieve,
relumbra la herradura del viento.
De nostalgia en los rincones oscuros
donde los azules marineros noctámbulos
abreven una droga rubia
que le cambia el color a la vida morena.

Tú eres ahora mi corona.
De oro como las que llevan los reyes
y eterna como las que les ponen en las batallas
a los que caen con una espada en el pecho.

Dulce corona, pura,
segura y llena de la algarabía
de los pájaros que por fin divisan el alero propicio.
Rosada y sutil como las flores que hay en las porcelanas
de las lámparas.
Santa y mía como esta tristeza que es mía,
y esta esperanza que es mía
y esta mano tuya que es mía
cuando me hace señas en tus ventanas.

Corona del amor, la palpo y beso
hoy que recuerdo tus palabras:
«Ese hombre nos está mirando»!
También nos miraban las estrellas.

Corona del amor en la sombra de esta tarde
en que mi alma te implora:
tu boca aquí en mi boca,
como la boca de ese trashumante
en el borde del vaso en que beben la alegría y la aurora;
tu mano aquí en mi mano, como la mano
de la infanta que en un retrato juega con las palomas.